

JUEVES SANTO.

Introducción. Un años más nos ha convocado el Señor para que subamos a su monte santo, para poder vivir con Él los últimos días de su vida. Llamados cada uno por nuestro nombre, con nuestra historia, con una clara intención: que seamos testigos de su amor hasta el extremo. En una época de la historia tan convulsa, con tanta incertidumbre, con tantas amenazas, el Buen Dios quiere regalar a su Iglesia, a su comunidad, al mundo entero, personas que no *“le conozcan de oídas, sino que le hayan visto con sus ojos”*.

En medio de tantas ofertas efímeras, pasajeras, nos regalas algo que es para siempre, eterno, y es un amor por cada ser humano. Tú eres un «sí quiero» de parte de Dios, a cada biografía humana, a cada persona, a cada situación.

Lo que celebramos en esta celebración del jueves santo, con la institución de la eucaristía, con el lavatorio de los pies, es una declaración de amor. La intención de Jesús con sus discípulos es clara: quiero romper en vosotros la coraza del miedo, del cálculo, del salvar cada uno su vida. El ambiente de la cena destilaba confusión, miedo, expectación. Todo el camino de Jesús hasta llegar a Jerusalén está rodeado de luces y sombras, de éxitos y de fracasos, de trigo y cizaña. Con la entrada a Jerusalén parece que hay victoria, reconocimiento mayoritario. Pero la semana santa vuelve a llenarlo todo de un ambiente enrarecido.

Y en medio de la hostilidad una cena, festiva, para celebrar la Pascua, la liberación, todo preparado para recordar las Escrituras que hablan de Moisés, de Egipto, del pasado. Y Jesús intuyendo que la experiencia de Dios la necesitamos en el presente.

Esta palabra que acabáis de oír, se cumple hoy. Esa historia de un pueblo sufriente es nuestra historia. Esas vidas que anhelan una tierra prometida, un futuro que ilusione, un corazón no reconciliado, esos somos nosotros. Jesús con sus gestos actualiza en el presente la salvación de Dios.

Y hoy en siete aguas necesitamos lo mismo, experimentar cada uno de nosotros, con nuestra historia que hay motivos para la alegría, para la esperanza, para la sorpresa. Porque hoy a mis 36, o a mis 46, o a mis 68 años, Dios se esfuerza en recordarme, en gritarme que me ama. Que me acompaña, que está presente en mí día a día, en mi historia personal. Y está presente no de una manera etérea. Está presente en lo concreto de todas las dimensiones que forman mi vida.

Está presente en mi **pasado**, con un claro deseo de reconciliarlo. Hay una gran parte de nuestros sufrimientos que arrastramos por los errores de nuestro pasado. Nostalgias, pérdidas, ausencias, sentirnos víctimas. Todo eso es rescatable y recuperable, si descubrimos quién es el que me lava los pies. Cristo. Si no me dejas que te lave tus pies, lavare todas las huellas que has dejado. Lo bueno y lo malo. Las mentiras lo engaños, pero te rescato de tu sepulcro, y te sacaré de tu sepulcro.

Está el Señor dándome su pan partido, su cáliz de vino, su alimento en mi **presente**. La eucaristía es el alimento que necesito cada día para seguir caminando en esta historia de salvación. Es lo que pedimos en el padre nuestro todos los días: *Danos hoy el pan de cada día*. Y junto al pan lo que recibimos es la capacidad de amar como Él. De gratuidad, de capacidad de sorprendernos, de vivir una vida repartida, que no calcula. Toda la relación de Jesús con el pan, en sus multiplicaciones es de derroche, de abundancia. Vive tu presente tranquilo, como los lirios del campo, como los pájaros, sin agobios, sin cansancios, sabiendo que el que es capaz de aliviarnos, está con nosotros.

Y nos regala para nuestro **futuro**, no una continua preocupación, por qué me pasará, quien me cuidará, donde iré a parar, estaré solo, sino el amor fraterno. El regalo de una familia de hombres y mujeres con un compromiso serio por asumir mi vida. Hay personas que disfrutan de asociarse a mi vida, igual que yo disfruto de asociarme a la suya.

Disfrutemos de acercar el misterio de nuestra fe a nuestra realidad. No hemos venido a recordar sino a acoger los regalos que Dios me da hoy, aquí, ahora, con esta familia de la fe. Este evangelio que acabáis de oír, se cumple hoy.

VIERNES SANTO.

Hoy nos invita la celebración de la pasión del Señor a realizar uno de los actos de madurez más grandes que puede realizar una persona en su vida. Hemos escuchado: "Mirad el árbol de la cruz", que es lo mismo, que fíjate, y mira de cara las cruces que te acompañan en tu vida y afróntalas. Hay una cruz radical que toda persona que viene a este mundo tiene que acoger, que es nuestra naturaleza humana. Es cruz, porque detrás de humano, aparece el adjetivo de limitado, caduco, frágil, hecho de barro. Vivimos el sentimiento de imperfección, de falta de identificación entre nuestros deseos más profundos, y la posibilidad de realizarlos. Es cruz ver como nunca seremos la persona que nos gustaría ser, nunca tendremos la felicidad que anhelamos. ¿Significa eso que estemos mal hechos?

Una respuesta muy extendida es evitar pensarlo, no querer verlo, evadirlo. Vivir en la inconciencia, en el rechazo, en el disimulo, el fabricarnos paraísos artificiales que enmascaren. Parques temáticos en los que distraerme. Para cuanta gente la vida es un juego, un pasatiempo, un divertimento. El viernes santo es la oportunidad y el regalo que Jesús nos hace cada año y nos pregunta: "¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber? ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? "Nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente".

Nos pasamos huyendo toda la vida de lo que nos cuesta, y no nos hemos entrenado para el fracaso. Hay mucha intolerancia a la frustración. Si todo lo que quiero y que me encapricho me lo dan, el día que la vida diga que NO, no sabré reponerme. La capacidad de acoger los no, que nos pongan límite en nuestra infancia es buenísimo. Porque nos introduce en la **humildad**. Ser humilde es reconocer que en la vida hay un montón de cosas que NO tendré, que No viviré, países a los que nunca visitare, personas a las que NO conoceré.

Y eso me tiene que hacer vivir agradecidos todos los Sí. Todos los momentos vividos, todos los lugares visitados, todas las personas conocidas. El viernes santo es la escuela de humildad de Jesús, es su camino de progresivo de desprendimiento, de ir soltando todo lo que no es importante en su vida, y quedarse con lo único importante. En el vía crucis hemos visto como pierde desde el domingo de ramos un montón de cosas.

Pierde **la fama, la popularidad, el reconocimiento**. Los mismos que le aclamaban como Hijo de David, ahora gritan Crucifícale. Las multitudes enardecidas, acaban reduciéndose a tres personas en Getsemaní, los más íntimos, que hasta se duermen. Es el culmen de la soledad. Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado.

Pierdes la fuerza con los latigazos, pierdes la autonomía, la **salud física**, como muchas de las enfermedades que nos hacen dependientes, pierdes la **salud mental**, hasta la claridad de ideas, la visión de Dios se te enturbia, es imagen de la fragilidad mental. Nuestras ansiedades, nuestras depresiones, nuestros insomnios, todo lo que afecta a salud mental, Jesús lo sufrió.

Pierdes la cercanía de tus discípulos que son muestra de la fragilidad de **las relaciones afectivas**. Te encuentras sólo, como en las grandes decisiones de la vida. Y en esa soledad emergen las palabras más nítidas de cómo fue tu vida. **Padre a tus manos encomiendo mi espíritu**. Que traduce como ha sido toda tu vida. Una vida confiada, una vida compartida. Un baile de Dos. La voluntad del Padre y tú, el dejarte llevar.

Y la preocupación por los demás, "Perdónalos porque no saben lo que hacen", "Mujer ahí tiene a tu hijo", Hoy estarás conmigo en el paraíso. Tu corazón se quedó con lo esencial, el diálogo con Dios que se vuelve confianza. Y el dialogo con los hermanos que se vuelve amor y compasión y cuidado, y delicadeza.

Todos nosotros también estamos invitados a recorrer nuestro vía crucis, ojalá que lo vivamos con consciencia. No con queja, no con rabia, con protestas. Sino en el gozo profundo del ir dejando, del ir soltando, el ir liberando el corazón, para que se nos quede en la vida lo único que merece la pena. El trato con Dios de plena confianza de pleno abandono. Y el trato con los hermanos. Y ahí, estaremos con Jesús en el Paraíso, no sé si el de después de morir, o el de antes. Lo cierto es que se cran ambientes de cielo, con personas sencillas. Que no se pasan la vida maquillando y disimulando su desnudez, sino dejándola amar.

SÁBADO SANTO, VIGILIA PASCUAL.

Todas las lecturas que en esta noche hemos leído son momentos concretos de la historia de salvación de Israel. Y son los primeros capítulos de nuestra historia. Somos herederos de un pueblo que progresivamente fue despertando, a base de experiencias históricas, a la compañía amorosa de nuestro Dios. Escuchó sus sufrimientos, sus gritos de angustia y de dolor. Y bajó para liberarlos. Y esa ayuda providente también ha estado presente en toda nuestra vida. En esta Pascua se nos ofrece otro momento privilegiado para hacer nuestra historia de salvación. Para que de forma agradecida reconozcamos tantos momentos de éxodos, de cruzar fuegos y no quemarnos, de hundirnos en aguas caudalosas y no ahogarnos.

Desde nuestro nacimiento nos ha ido rodeando el buen Dios de personas que nos ha ido capacitando para experimentar lo que es el amor. Y esa es la clave de los que celebramos en esta noche santa. "Sabemos que pasamos de la muerte a la vida cuando amamos a nuestros hermanos. Hemos ido pasando a lo largo de nuestra vida de la muerte de la soledad, del rencor, de la incompreensión, del dolor de las pérdidas cuando hemos sentido nuestras vidas asumidas y acompañadas por rostros y nombres concretos que nos han hecho sentir especiales. Nuestras familias, nuestros amigos, nuestras parejas. El amor invisible de Dios, se hace reconocible a través del amor de las personas que de forma limitada pero sincera se vinculan con nuestra existencia. Es un día de agradecer profundamente los hermanos y hermanas de comunidad que se han preocupado y ocupado de cada una de nuestras vidas. Los profesores que nos han dedicado lo mejor de ellos, los sacerdotes que nos han traducido su cariño y dedicación.

La fragilidad humana la reconocemos desde nuestra más tierna infancia. Dependientes del todo, del alimento, de la higiene, del vestido, vivimos porque alguien nos cuida. Crecemos gracias al amor diario, cotidiano, que no se recuerda cuando somos adultos pero hay mucho amor no reconocible en cada uno de los días de nuestra vida. Y esto lo podemos comparar con el amor de Dios. Toda una vida caminando a nuestro lado, y muy pocas veces descubierto ese amor. Hoy es un día de acoger toda la historia de salvación por parte de Dios. Y ver al resucitador, en el rostro de cada persona que ha vertido lo mejor de ella en nosotros.

María Magdalena y los discípulos reconocen al resucitado cuando pronuncia su nombre. Y nuestro nombre lo han pronunciado muchas personas a lo largo de una vida. Y cada vez que nos han llamado, que nos han pedido algo, han reconocido que mi persona, mi vida era necesaria para ellos. Resucitamos al sentir que mi vida completa a la de alguien. Jesús llama a María Magdalena, a Pedro, a Pablo, y en esa vocación, en esa llamada están resucitando el sentido y el valor que tengo como persona.

Lo impresionante de esta noche es que la llamada es universal, a toda la humanidad Dios la ve como vencedora de la muerte, del dolor, de la caducidad. Jesús fue resucitado por el grito de Dios: Vive.

"Fue así tu alumbramiento: el día en que naciste no te cortaron el ombligo, no te bañaron ni frotaron con sal, ni te envolvieron en pañales. Nadie se apiadó de ti haciéndote uno de estos menesteres, por compasión, sino que te arrojaron a campo abierto, asqueados de ti, el día que naciste. Pasando yo a tu lado, te vi chapoteando en tu propia sangre, y te dije mientras yacías en tu sangre: Sigue viviendo y crece como brote campestre. Creciste y te hiciste moza, llegaste a la sazón; tus senos se afirmaron y el vello te brotó, pero estabas desnuda y en cueros. Pasando de nuevo a tu lado, te vi en la edad del amor; extendí sobre ti mi manto para cubrir tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo --oráculo del Señor-- y fuiste mía. Ez 16,4-8.

Y cómo la protagonista de Ezequiel hemos vivido apropiándonos de los dones de Dios, sin gratitud, sin deseo de colaborar con Él. Y en ese pensar sólo en nosotros mismos, se nos ha ido llenando la vida de sepulcros, el corazón de heridas, y la confianza arrasada y la afectividad rota. Salir de los sepulcros es volver a caminar en la gratitud, en saber que mi vida es un regalo para el mundo. Es escribir en cada encuentro con los demás una historia de compromiso. Que seamos personas que llaman, que gritemos el nombre de las personas a las que amamos. Que ayudemos a pasar de la muerte a la vida a tantos desocupados que nadie invita a trabajar en la viña. La vocación y la llamada que nos resucita no es cuando nos otorgan un Oscar de Hollywood, o nos coronan como Miss Universo. Es que estábamos sin vida y el Señor tuvo compasión. Como el Padre al ver a Jesús en el sepulcro, derrotado, entumecido, y se oyó el grito de Dios. Hijo mío entra en el gozo de tu Señor, porque has sido fiel en lo poco, te concedo lo mucho. Ante Él toda rodilla se doble en el cielo. De siervo a Señor.

MISA DE ENVÍO.

Después de todo lo vivido en estos días, con mucho guardado en el recuerdo, con emoción, cansancio, personas a las que queremos, todo nos invita a mirar al futuro. ¿Y ahora qué? Vivir la Pascua ¿significa que mi vida va a ser nueva? ¿De forma mágica se han disuelto nuestros problemas y conflictos? ¿Las personas que me caen mal son de repente simpáticas y agradables? La respuesta rotunda es no. No ha cambiado todo de forma mágica, pero la experiencia del encuentro con el resucitado es que nos ayuda a mirar la historia y la realidad con ojos cargado de fe y de sentido.

Cuando Jesús acompaña a los discípulos de Emaús no les pide que se imaginen un mundo fantástico e ingenuamente feliz. Les recuerda con las heridas en sus manos y en sus pies que la historia hiera. Esas cicatrices son reales, pero cargadas de amor, se vuelven belleza. Vivir con Espíritu Pascual no es aparecer en nuestros entornos con euforias raras, con entusiasmos pasajeros y caducos. Claro que la alegría no se puede ocultar y que no se enciende una luz para ponerla debajo de la cama. Brille nuestra alegría, nuestra experiencia de paz, pero no cargadas de explicaciones paranormales.

La alegría del cristiano, como su espiritualidad más madura no se basa en lo extraordinario. En apariciones, milagros que alteran el curso de lo natural. El gran milagro es que nuestros nombres, están escritos en el cielo porque Jesús nos ha llamado. No en que expulsemos a los demonios. Eso lo deja claro Jesús a los discípulos cuando los capacitaba para la misión. Como a María Magdalena. Ha pronunciado mi nombre, con cariño, con amor, y me ha invitado a trabajar en su viña. No vivamos desocupados. Es tiempo de levantarnos del sueño, de salir de nuestros sepulcros y desplegar al máximo los talentos que Dios nos ha dado al servicio de los demás.

El verificar si la Pascua ha sido algo superficial y pasajero, o un encuentro real con Dios lo dirá si mi vida se compromete de forma real a mirar la realidad con su mirada. Y a dedicar mi tiempo de forma comprometida y concreta, a sacar de sus sepulcros a alguna realidad humana a la que sea sensible. Solo se vuelve apasionante la fe cuando toca las dimensiones de mi vida, y cuando afecta a mi agenda y a mi economía. Mientras mi tiempo y mi dinero sigan siendo míos, es que mi amor sigo dándoselo a quien yo quiero. Y no ha derribado los muros del interés y del egoísmo.

El Jesús resucitado que atraviesa las puertas cerradas donde están los apóstoles es imagen de la capacidad que tiene para universalizar su entrega. Ya no vive para sí, vive para los demás. Esa es una de las concreciones de la Pascua, ya no tengo un sentido posesivo de mí mismo o de los demás. Mi vida se pone al servicio del Reino de Dios, desde mis circunstancias particulares, desde mi lugar, desde la gente con la que comparto la vida. Por eso los cambios de la pascua no son externos, ahora me visto diferente, o dejo mi trabajo, o dejo mi familia..., sino que empiezo a mirar toda la realidad que conforma mi vida en clave de amor, de compromiso, de asumir internamente todo lo que se necesita por hacer, y comprometo mis mejores esfuerzos y energías para que el amor sea la única deuda que tenga con mis hermanos.

Que esta Pascua vivida nos haya servido para experimentar en lo profundo del corazón que somos protagonistas de nuestra vida. Nosotros decidimos cómo la queremos vivir. En clave de queja, de ahorro de energía, de cuidar y calcular todo nuestro esfuerzo. O vivir la generosidad de Dios, que no mide, no pesa, no se administra sino que se ofrece del todo, como escuela de una vida que se entrega y que da fruto, para toda la eternidad.